

Vegetación y evolución del paisaje de Lanzahíta

El concepto mismo de *paisaje* resulta difícil para la mayoría de las personas, sobre todo cuando lo que se persigue es ofrecer una definición general y específica del término. Por lo general, el *paisaje*, o su noción, viene asociado a una serie de sensaciones o recuerdos de hechos o momentos puntuales que despiertan en el ser humano cierto tipo de estímulos, difíciles de expresar con palabras pero abstractos e intuitivos a la vez. Según ello, la percepción de un paisaje determinado estaría mediada por la capacidad emotiva de cada persona y por su diferente adaptabilidad perceptiva. Sin embargo, el concepto de *paisaje* ha sido utilizado en numerosos campos de las ciencias y las artes bajo prismas muy diferentes. En todo caso, el paisaje, idéntico en su fondo, es diferente en cuanto al modo en que éste es interpretado.

No resulta, por tanto, fácil conseguir una definición adecuada del término “paisaje” que se adapte perfectamente a todo tipo de requerimientos, pues son tantas las definiciones que se le han dado como tantos los puntos de vista —objetivos o subjetivos— en que se ha sustentado ésta. Resumiendo, tres podrían ser los enfoques distintos en que podríamos centrar el término “paisaje”(1): *a*) estético, que hace alusión a la armoniosa combinación de formas y colores del territorio e, incluso, a la representación artística de él mismo; *b*) ecológico o geográfico, cuando alude directamente a los sistemas naturales que lo configuran, así como a la multitud o complejo de interrelaciones derivadas de la interacción entre los elementos físicos (rocas, suelo, orografía, aire) y biológicos (animales y plantas) que lo forman (2) ; y, *c*) cultural, cuando el paisaje se convierte en el “escenario de la actividad humana”. (3)

En este capítulo centraremos nuestra dialéctica en aquellos enfoques relacionados con su percepción ecológica y geográfica, al igual que en el llamado “paisaje cultural”, aquél delimitado por las actuaciones antrópicas, pues creemos que ambos enfoques se ajustan perfectamente al desarrollo de nuestra investigación y a sus objetivos.



*Aspecto idílico de la dehesa, una formación vegetal de carácter antropozoógeno
(Foto: J. M. González Muñoz)*



*La montaña del entorno de Lanzahíta ha sufrido numerosos incendios. Vista de la presa
(Foto: J. M. González Muñoz)*

En todo paisaje pueden, no obstante, definirse tres componentes: de un lado el espacio visual formado por una porción de terreno; de otra, la percepción de dicho territorio; y, finalmente, aquélla constituida por el hombre. Es precisamente esta última, el hombre, la que capta la información contenida en el territorio y la interpreta de muy diversas maneras, haciendo, en suma, amalgama de los otros dos componentes. Por decirlo de otra manera: la existencia del hombre se hace indispensable para que exista el paisaje.

El territorio es un componente del paisaje en constante evolución, generalmente lenta si acontecen únicamente causas naturales en su dinámica (procesos geomorfológicos, inundaciones, sucesión vegetal, etc.), y relativamente más rápida cuando es el hombre su principal agente modificador. Dicha evolución se verifica espacial y temporalmente, dando lugar a una multitud enorme de paisajes, que acontecen no sólo bajo agentes modulantes diferentes (naturales o antrópicos) sino bajo percepciones emocionales diferentes según cada territorio y cada coyuntura socioeconómica y cultural.

En suma, describiremos las unidades de paisaje del municipio de Lanza-híta a partir de la descripción de las principales comunidades forestales que lo conforman. Así mismo, intentaremos una reconstrucción paleoambiental del paisaje que vivió en nuestro pueblo, de los bosques que lo poblaron hará unos dos mil trescientos años. Para cumplir tales fines acudiremos a estudios de tipo paleoambiental que nos permitan tal tipo de aproximación, de la misma manera que nos ayuden a comprender el paisaje cultural como aquel derivado de la interacción hombre-naturaleza.

En el análisis de la relaciones entre el hombre y el medio ambiente es indispensable comprender y evaluar el papel extremadamente complejo que representa el nuevo medio creado, el paisaje cultural, segregado por el individuo —o sus sociedades— que invade el área natural. La adaptación a las condiciones de un medio o territorio dados puede ser el resultado de contingencias históricas muy variadas, de orden natural o sociocultural, cuyo análisis puede ser decisivo para albergar la posibilidad somera de comprender la esencia de muchas de las interacciones

acaecidas entre el hombre y el medio que le rodea, desde la Prehistoria. En adelante éste será nuestro objetivo: «cualquier paisaje refleja en su territorio las marcas del pasado. El paisaje que representa la fisionomía de un espacio está impregnado de historia».

La vertiente meridional de la Sierra de Gredos: un enclave excepcional

La Sierra de Gredos, con sus casi 140 km de extensión longitudinal en su conjunto, forma parte de la extensa unidad mórfica del Sistema Central, y contiene las mayores altitudes de éste.

Uno de los factores más notables de esta sierra es la acusada disimetría existente entre sus dos vertientes, que ha determinado así mismo una diferente configuración florística y geomorfológica del territorio. La vertiente septentrional o norte se caracteriza por presentar pendientes suaves, lomas redondeadas y valles de altura poblados de piornales, pedrizas, cervunales, turberas y pastizales propios de ambientes secos y fríos.

Por su parte, la vertiente meridional o sur, el Valle del Tiétar, donde se ubica Lanzahíta, conforma un desnivel de cerca de 2000 m entre las altas cumbres gredenses y el fondo del valle, ofreciendo magníficos ejemplos de escalonamiento vegetal y de modelado torrencial (4). Todo ello ha dado lugar a un gradiente térmico y climático, en dirección norte-sur, que define y singulariza claramente ambas vertientes: la septentrional posee un clima frío y seco, mientras que la meridional es templada y subhúmeda a húmeda.

En base a ello, es fácil entender que la vegetación forestal de ambas vertientes (en el pie de valle) sea sensiblemente diferente: mientras que en el norte de Gredos predominan los robledales guadarrámicos supramediterráneos y los encinares meso-supramediterráneos continentales sobre suelos silíceos, en el Valle del Tiétar los bosques climáticos más característicos son los melojares mesomediterráneos con madroño y los encinares luso-extremadurenses de fondo de valle.

Así mismo, la abrupta orografía del sur de Gredos y la frecuente existencia de gargantas encajonadas, han permitido la supervivencia de algunos táxones con carácter relicto como el loro (*Prunus lusitanica*), el Fresno de hoja ancha (*Fraxinus excelsior*), el olmo de montaña (*Ulmus glabra*), el abedul (*Betula alba*) o el acebo (*Ilex aquifolium*) (5).

En cualquier caso, la degradación antropogénica en ambas vertientes ha conducido a la instalación de matorrales típicos de las etapas seriales de los bosques, del tipo de los jarales o brezales, donde son comunes ciertas jaras (*Cistus ladanifer*, *C. laurifolius*, *C. populifolius*), brezos (*Erica umbellata*, *E. arborea*, *Calluna vulgaris*), romero (*Rosmarinus officinalis*), cantueso (*Lavandula stoechas*), etc; así como a numerosas repoblaciones con pinos.

La Sierra de Gredos presenta, entonces, enormes valores paisajísticos, geomorfológicos, botánicos y faunísticos, lo que ha propiciado que se trate de un espacio natural emblemático a nivel nacional (6).

Los bosques de Lanzahíta

Encinares

Desde un punto de vista potencial, los encinares son los bosques más extensos y representativos de toda la cuenca mediterránea. En España, y como ha quedado demostrado a partir de análisis paleobotánicos, durante los últimos diez mil años tuvieron que ocupar grandes extensiones desde Andalucía a Cataluña, ambas Castillas, Extremadura, Levante, e, incluso, en ciertos núcleos hoy relictos de la región cantábrica. La agricultura, la ganadería, el aprovechamiento forestal del bosque principalmente maderero, los incendios, la especulación urbanística, y un sinfín de catástrofes ecológicas de naturaleza igualmente variada, han conducido al bosque más “genuino” de España a una situación dramática. Una progresiva desaparición desde tiempos prehistóricos, latente en grado máximo en épocas ya históricas, así como repoblaciones con coníferas o exóticas, no han hecho sino mermar los escasos núcleos “vírgenes” de los encinares antes existentes.



Cliserie altitudinal de vegetación en el término municipal de Lanzahíta

En el municipio de Lanzahíta la masa de encinar se encuentra bien representada en el fondo de valle, desde el río Tiétar a las primeras estribaciones montañosas del pie de monte. En origen, estos encinares se califican como luso-extremadurenses, y debieron conformar un bosque relativamente denso de encinas (*Quercus ilex*) acompañadas de peral silvestre o piruétano (*Pyrus bourgaeana*), e incluso de algunos alcornoques (*Quercus suber*) en las zonas de nava o umbría. Sin embargo, el uso predominantemente ganadero dado a esas comunidades forestales las ha transformado en amplias dehesas, sin apenas arbustos en su sotobosque, donde los pies dispersos de encina se entremezclan con abundantes zonas de pastos vivaces y anuales dominados por graminéas y ciertas leguminosas (majadales). El mejor ejemplo en nuestro territorio son las amplias zonas de dehesa de Valdetiétar y La Reyerta, donde pacen el ganado vacuno y el caballar y donde incluso se crían algunas reses bravas. Aquellas zonas menos antropizadas de la dehesa permiten el desarrollo de un ralo matorral arbustivo, donde predominan principalmente jaras pringosas (*Cistus ladanifer*), retamas (*Retama sphaerocarpa*) y cantuesos (*Lavandula stoechas* subsp. *sampaiana*), y algún que otro garbancillo (*Astragalus lusitanicus*). Es una zona muy ávida a la explotación melífera y en menor medida a la agrícola, de enorme belleza y singular utilidad.

Precisamente en estas zonas de vega, sobre todo en las primeras terrazas del río Tiétar, el encinar fue desapareciendo progresivamente desde los siglos XV y XVI con las primeras incursiones de la Mesta, lo que condujo a la sustitución de este bosque genuino por cultivos típicos de la comarca, especialmente de pimentón (del cual hubo cierta industria en su tiempo), de melones, de espárragos (con un importante desarrollo desde los años 60 y una ingente actividad exportadora hacia otras regiones de España), de tabaco (aún quedan abundantes restos de secaderos en todo el municipio) y, excepcionalmente de sandías, quizá el mejor exponente de los cultivos agrícolas de Lanzahíta. No puede entenderse Lanzahíta sin “sus” sandías, por lo que no debe extrañarnos que sean consideradas éstas como las mejores de España.

En el pie de monte, dado el carácter más abrupto del territorio por la profusión de batolitos graníticos, los encinares están mejor conservados y aún persisten algunas formaciones más o menos intactas, aunque los incendios y las repoblaciones desmesuradas con pino resinero (*Pinus pinaster*) los han relegado a una posición casi testimonial. Estas manchas de encinar, que se extienden desde Lanzahíta hasta cerca de los 800 m de altitud, aparecen dominados por la encina, por algún que otro madroño (*Arbutus unedo*) y lentisquillas (*Phillyrea* sp.), apareciendo jaras pringosas y romero en las zonas más degradadas. Muy rara vez aparece algún alcornoque perdido entre las encinas, sobre todo en zonas de suelos más profundos, aunque su presencia es ciertamente esporádica.

Las etapas degradativas del encinar son muy características y se diferencian muy bien de las del melojar que luego veremos, por lo que una sucinta mirada al cortejo florístico de una determinada zona, aun cuando no tengamos árboles, nos puede permitir discernir si el bosque potencial era un encinar o un melojar.

La primera etapa degradativa del encinar la representa una orla retamoide de retamas de bolas (*Retama sphaerocarpa*) y piorno blanco (*Cytisus multiflorus*), que tiene un acusado carácter atlántico, constituyendo formaciones arbustivas sumamente abiertas, de talla muy elevada (generalmente por encima de los dos metros), ocupando a veces extensiones realmente importantes. Junto al campo de fútbol o



La sandía ha sido, es y será uno de los productos naturales típicos de Lanzahíta.

bajo el frontón es muy frecuente observar este tipo de formaciones arbustivas retamoides, incluso más abiertas de lo habitual, pues éstas han sido favorecidas por el hombre como consecuencia de una deforestación continuada con fines ganaderos, buscando la recreación de espacios abiertos y dehesas. Es importante señalar que tanto la retama como el piorno blanco son capaces de fijar el nitrógeno del suelo gracias a la simbiosis que establecen con bacterias del género *Rhizobium*, de ahí que la presencia de estas orlas retamoides ayude a enriquecer enormemente el suelo en nitrógeno asimilable. Por ello, aunque desde un punto de vista paisajístico estas formaciones no nos parezcan muy espectaculares, no debemos dejar de tenerles un gran respeto. Este tipo de retamar abunda allí donde la encina ha sido eliminada o postergada. Es muy frecuente desde el mismo municipio hasta el cauce mismo del río Tiétar, especialmente en la dehesa de Valdetiétar, junto a las piedras caballeras, incluso al pie mismo del cementerio.

Sin lugar a dudas, el mejor exponente de la degradación del encinar son los jarales, muy frecuentados en nuestro municipio por la jara pringosa, que en ocasiones llega a constituir densas e impenetrables maquías. En las zonas aclaradas del jaral es frecuente que se desarrolle un matorral más bajo, presidido por el cantueso, el tomillo salsero (*Thymus mastichina*), la siempreviva (*Helycrysus serotinum*) y alguna que otra aulaga (*Genista hirsuta*). El jaral tiene cierto carácter pirófilo, de ahí que tras un incendio sea la primera y más rápida vegetación en colonizar las zonas quemadas. Gran parte del territorio de Lanzahíta es hoy un profuso jaral, no sólo en La Abantera, sino que no lejos de la piscina municipal abunda la jara pringosa y el cantueso, siendo el mejor reflejo de la continuidad permanente con que los incendios azotan nuestra zona. Entre las jaras, en ciertas ocasiones, es posible observar una pequeña planta de color carmesí y amarillento, muy conspicua pues apenas levanta 3-5 cm del suelo, pero su color no puede pasar desapercibido. Se trata de la conocida como “teticas de doncella” (*Cytinus hypocistis*), una bella planta que parasita a la jara pringosa.

En algunas estaciones más térmicas, como ocurre junto al depósito del agua y en todo el camino hasta el charco de La Fábrica, se hacen muy abundantes el romero y el torvisco (*Daphne gnidium*).

Aparte del encinar antes nombrado, en el municipio de Lanzahíta encontramos otro encinar ciertamente peculiar, pues se trata de una comunidad supramediterránea con carácter relíctico, donde además de la encina abunda el enebro (*Juniperus oxycedrus*). Estos encinares tan raros tienen normalmente vocación rupestre, y por ello son frecuentes en aquellas laderas orientadas al sur, apareciendo acantonados entre grandes bloques y berrocales de granito, fundamentalmente junto al cauce de la garganta Eliza, como ocurre en La Gargantilla o La Isla. Normalmente, estos encinares tienden a aparecer a cotas de mayor altitud, siempre por encima de los 1000 m, pero en nuestro municipio logran alcanzar cotas más bajas allí donde se encajona la garganta. A diferencia de los anteriores, ocupan nichos ecológicos realmente restrictivos por la nula capacidad de retención hídrica de los suelos, de ahí que no tengan competencia en estos medios.

Melojares

Los bosques de roble melojo (*Quercus pyrenaica*) de Lanzahíta, conocidos como “melojares”, se desarrollan sobre sustratos silíceos, bajo un ombroclima entre subhúmedo y húmedo. Tienen mayores exigencias de lluvias que los encinares y su límite de distribución altitudinal viene definido en relación directa al gradiente de precipitación.

Se trata de un tipo de robledal (melojar) muy particular, pues a diferencia del guadarrámico (básicamente supramediterráneo), el melojar del Valle del Tiétar, el mismo que encontramos en Lanzahíta, es más térmico y oceánico, de tintes luso-extremadurenses, desarrollándose en el piso mesomediterráneo (entre 500 y 900 m en nuestro pueblo), aquél que le debería corresponder a la encina pero que por la mayor humedad ambiental del territorio se ve desplazada por el melojo.

Desde un punto de vista florístico, estos melojares luso-extremadurenses aportan un cortejo bien característico, donde abundan el madroño, la lentisquilla (*Phillyrea angustifolia*), el majuelo (*Crataegus monogyna*), el durillo (*Viburnum tinus*), la retama negra (*Cytisus scoparius*), etc. Estos melojares están bien representados en la mayor parte del territorio del Valle del Tiétar en su piso mesomediterráneo, sobre todo en la comarca fronteriza entre Arenas de San Pedro y Candeleda, aunque en Lanzahíta su presencia es muy residual debido a la enorme presión que han tenido que soportar tanto por incendios como por la repoblación desmedida con pinos resineros. Son más bien raros junto a la presa, junto al charco de La Fábrica, en La Avellaneda y Las Asomadillas ya en el término de Pedro Bernardo, y por lo general lo más que llegamos a encontrar son pies dispersos de melojo en el seno del pinar e incluso de la aliseda, dándonos cuenta de la potencialidad de esta formación forestal en el territorio. Sea como fuere, sí es muy frecuente encontrar pies o rodales dispersos de madroño, no tanto de lentisquilla, que nos marcarían una etapa preforestal hacia el melojar o, lo que es peor, las primeras instancias de la degradación de éste.

Cuando el melojar se degrada da paso a comunidades arbustivas de diversa índole. La primera etapa de este proceso se caracteriza por la aber-

tura del bosque, con la aparición de zonas aclaradas y la eliminación selectiva del melojo. Algunos rodales de madroños y lentisquilla, junto a melojos y durillos dispersos, nos indican que el proceso de degradación se ha iniciado. En estos madroñales, la primera etapa degradativa del melojar, abunda también el torvisco, el brezo arbóreo, la madreselva (*Lonicera implexa*), la retama loca (*Osyris alba*), la cornicabra (*Pistacia terebinthus*), etc.

La siguiente etapa degradativa consiste en la instalación de un piornal de alta talla, presidido por el piorno blanco o escoba blanca (*Cytisus multiflorus*), junto al tomillo salsero y otras retamas o piornos menores como *Adenocarpus complicatus*, *Cytisus eriocarpus*, *C. scoparius* y *Genista florida*. Dado que este piornal representa una de las primeras etapas degradativas del melojar, se sustenta aún sobre suelos profundos, poco degradados, de tipo forestal. En Lanzahíta no son muy frecuentes, pues como se ha dicho reiteradamente, la degradación del melojar ha sido muy profunda. No obstante, no es raro ver, de vez en cuando, algún bello piorno poblado de flores blancas, como ocurre en el tránsito hacia Pedro Bernardo por el camino forestal, en algunas estaciones junto a La Gargantilla, etc. A veces, acompañando a este piornal, es frecuente que encontremos alguna jara pringosa en estaciones especialmente continentales, menos húmedas; algún brezo arbóreo (*Erica arborea*) en zonas con cierta escorrentía superficial temporal o permanente; e incluso ciertas jaras de la especie *Cistus psilosepalus* en las estaciones más térmicas, como ocurre no lejos de La Higuera.

Si la degradación continúa, acaba instalándose un brezal-jaral poblado de brecina (*Calluna vulgaris*), diversos brezos (*Erica australis*, *E. scoparia*, *E. umbellata*) y jaras (*Cistus ladanifer*, *C. psilosepalus*). Estos brezal-jarales no son abundantes en Lanzahíta, pues la degradación del bosque ha sido muy profunda, y la implantación del pinar aún más. No obstante encontramos algunos buenos ejemplos en la base de La Abantera y en la Boca del Lobo (en el camino forestal hacia Pedro Bernardo). Entre las especies más notables del estrato herbáceo destaca el helecho común o helecho águila (*Pteridium aquilinum*), un perfecto indicador del mantenimiento del carácter forestal del suelo del bosque, que nos indica la existencia de zonas aclaradas. Éste es muy denso en La Aban-

tera, especialmente en El Helechón. También es muy característico en estos matorrales la profusión de líquenes terrícolas, especialmente del género *Cladonia*.

- (1) Dunn, M. C., *Landscape Evaluation Technique: an Appraisal and Review of the Literature*, Birmingham, 1974.
- (2) Laurie, M., *Objetives of landscape evaluation*, New York, 1970.
- (3) López Sáez, J. A., López García, P. y Macías Rosado, R., "Acción antrópica y reconstrucción de la vegetación durante el Holoceno reciente en el valle del Tiétar, Sierra de Gredos (Ávila)", *Cuaternario y Geomorfología*, 11 (1997), pp. 43-54.
- (4) López Sáez, J. A., "Sobre la conservación de la Flora leñosa y el Medio Ambiente en el sur de la Sierra de Gredos (Valle del Tiétar, Ávila)", *Actas de Gredos*, 12 (1992), 115-124.
- (5) López Sáez, J. A., "Algunos táxones interesantes de la flora autóctona del sur de Gredos (Valle del Tiétar, Ávila)", en *II Encuentros sobre propagación de especies autóctonas y restauración de la vegetación natural*, Madrid, 1995, pp. 165-168.
- (5) López Sáez, J. A. y López García, P., "Contribution of the palaeoecological knowledge of Quaternary in the Tietar valley (Sierra de Gredos, Ávila, Spain)", *Revista Española de Micropaleontología*, 26 (1994), pp. 61-66.
- (6) Sánchez Mata, D., *Flora y vegetación del Macizo Oriental de la Sierra de Gredos (Ávila)*, Ávila, 1989.